

Hace unos cuantos años, tuvimos la oportunidad de comentar el hecho de que ante el reto de la globalización económica y de la uniformidad de costumbres, de hábitos, de formas de vida, la ciudad histórica se alzaba como un testimonio de la historia, de la particularidad, de la especificidad (BOIRA, 2001). Este juicio no ha hecho más que reafirmarse con el tiempo. Hoy en día, los centros históricos y como su paradigma el de Valencia juega un papel esencial en la imagen de la ciudad, en su proyección turística y también en la percepción de sus habitantes, incluso pese a la construcción de la enorme e impactante Ciudad de las Artes y de las Ciencias y a su éxito consecuente como símbolo de la capital. El centro histórico, más allá de estos toques de modernidad, aporta un sentido de compartir una historia y una tradición.

Es cierto que todos los centros históricos se parecen. El de Valencia se asemeja al de otras ciudades por determinadas características formales y por algunos procesos o dinámicas sociales y económicas que los unen. Todos ellos se hallan en una posición privilegiada en la estructura urbana moderna, conservan valores artísticos, históricos y patrimoniales fundamentales y tienen una estructura social y funcional particular, además de una serie de problemas también parecidos. Sin embargo, Valencia, como cada uno de ellos, encierra una singularidad, una historia propia que se ejemplifica no sólo en sus palacios más conocidos, en las casas nobiliarias más famosas o en los grandes o pequeños templos de siglos pasados, sino también en las residencias populares, en las plazas, en las calles, en la disposición de la trama urbana de sus barrios y los rincones con más solera. Y no olvidemos que, como en casi todos los centros históricos, el de Valencia alberga y acoge todavía el corazón político, económico y religioso de la ciudad.

En definitiva, el centro histórico, en general, es un elemento de autenticidad dentro de la profusión y confusión de paisajes urbanos que la modernidad nos ofrece y, con ellos y no contra ellos, conforma la imagen actual de la ciudad. En el caso de Valencia, como veremos, este proceso es claro y evidente.

Nuestras ciudades son fruto de una dilatada historia. No es preciso explicar que los diferentes periodos de su devenir histórico, así como su particular situación geográfica han dejado huella en su estructura urbana, en su trama, en su paisaje. Valencia tuvo su origen, como Alzira, Gandia y Orihuela, en «la oportunidad de un río», como afirmó el profesor Vicenç Maria Rosselló en su libro sobre medio centenar de ciudades valencianas –editado en 1984–, y por ello su paisaje urbano está muy ligado a él. En este proceso, el centro histórico conserva testimonios del pasado, de cada época de la historia. El *kardo* y *decumanus*, una trama aproximadamente ortogonal de algunas calles, restos islámicos de murallas, el vacío de las defensas medievales derribadas, edificios de conquistadores, iglesias y catedrales, lonjas y palacios... Y por encima de todo, una forma, unos barrios distintivos, un espacio particular, el centro histórico.



Como en otros lugares, el centro histórico de Valencia es su espacio primigenio, su núcleo fundacional. Su definición formal es sencilla de hacer: es la porción de Valencia, originada en época preindustrial, heterogénea y diversa, que conserva valores artísticos, históricos y patrimoniales, una estructura social y funcional particular, con atractivo para las fuerzas de mercado (inmobiliarias, terciarias...) y con problemas de conservación, tanto por la presión de aquéllas como por el paso del tiempo. Además, podríamos añadir una consideración subjetiva: es reconocido como el corazón, el núcleo de la ciudad por la mayoría de sus habitantes.

Nuestras ciudades son fruto de una dilatada historia. No es preciso explicar que los diferentes periodos de su devenir histórico, así como su particular situación geográfica, han dejado huella en su estructura urbana, en su trama, en su paisaje. Valencia tuvo su origen, como Alzira, Gandía y Orihuela, en «la oportunidad de un río», como afirmó el profesor Vicenç Maria Rosselló en su libro sobre medio centenar de ciudades valencianas –editado en 1984–, y por ello su paisaje urbano está muy ligado a él. En este proceso, el centro histórico conserva testimonios del pasado, de cada época de la historia. El *cardo* y *decumanus*, una trama aproximadamente ortogonal de algunas calles, restos islámicos de murallas, el vacío de las defensas medievales derribadas, edificios de conquistadores, iglesias y catedrales, lonjas y palacios... Y por encima de todo, una forma, unos barrios distintivos, un espacio particular, el centro histórico.

Vista panorámica de la ciudad de Valencia desde San Pío V, 1870.
Foto: J. Laurent.
Archivo Gráfico José Huguet.

Este último aspecto no es despreciable. El centro histórico de Valencia juega un papel esencial en la ‘estabilidad’ emocional de la ciudad, por ello es materia de discusión y de debate. No es un barrio más, donde las políticas públicas y los procesos privados pasan más desapercibidos. El centro histórico es la memoria viva de Valencia, su espacio simbólico más apreciado, la referencia distintiva. Más allá de este carácter simbólico (o precisamente derivado de ello), surgen una serie de preguntas que son particulares a este distrito: ¿cómo se gestiona su particularidad?, ¿cómo se combate su degradación?, ¿qué papel juega en la estructura urbana general de la ciudad del siglo XXI?, ¿cómo se conjuga el derecho que sus habitantes tienen a vivir en él en paz y con tranquilidad con el de los turistas o visitantes ocasionales a pasear por el mismo a cualquier hora del día o de la noche?, ¿cómo se pueden compatibilizar las nuevas tendencias en el uso del espacio con tramas nacidas hace siglos?, ¿cómo hacer pasar coches por dónde sólo se esperaba que pasaran personas?, ¿cómo evitar la banalización de los paisajes del centro histórico al convertirlo en una especie de ‘parque temático’ vacío de actividad y de gente?

A nuestro entender, uno de los aspectos más interesantes del papel que el centro histórico ha jugado en la ciudad de Valencia es el análisis de su percepción dentro del papel y del esquema general de la capital valenciana en época contemporánea. Es un aspecto que suele ser poco tratado, pero que



tiene su importancia. Dependiendo de cómo se perciba su papel, cuáles sean sus problemas, cuál sea su estado y misión, así habrá sido su tratamiento.

En la ciudad de Valencia, el centro histórico, su zona fundacional, ha sido contemplada de forma diferente en los últimos tiempos. En el siglo XIX, cuando Valencia se disponía a ensancharse, a construir una nueva ciudad conformada por los barrios burgueses más allá de las viejas murallas ya derribadas (1865), el centro urbano comenzó a ser visto como un espacio necesitado de reformas, como el ámbito idóneo para un concepto que se acuñaría a partir de aquellas fechas con caracterización propia: «la reforma interior». Así, en 1877, doce años después de derribadas las murallas medievales de Valencia en 1865, un concejal del ayuntamiento de Valencia, Tomás Falcó, expresaba la necesidad de proceder a «abrir» el centro histórico de la ciudad, que era tanto como proponer su transformación y la destrucción de su trama histórica. Utilizando una metáfora organicista que tanto se usaría en épocas posteriores, Falcó señalaba la necesidad, la urgencia de una intervención drástica en el centro histórico. Las actas de las reuniones municipales del consistorio recogieron la intervención del concejal en este sentido, defendiendo la apertura de una nueva calle en el tejido medieval del barrio histórico: «Valencia, pues, se ahoga, se muere [...] ¡Qué hacer! Penetrar, abrir, romper hasta llegar al corazón mismo de la ciudad, llevando en pos los gérmenes de vida que tanto necesita...»

La utilización de estas expresiones materializaban la urgencia, la vital necesidad de la reforma urbanística del centro histórico. La personalización de la ciudad («Valencia se ahoga y se muere») exigía la intervención rápida, dolorosa, pero imprescindible de la autoridad pública. No había tiempo para pensar, ni debatir grandes ideas... Valencia se estaba muriendo. Falcó continuaba afirmando que esta operación debía continuar en el futuro y no debía limitarse a una sencilla reforma parcial: «Después, una vez despejado hasta el interior, ya se verá como practicar otra abertura por el opuesto para que la ventilación sea completa».



De forma curiosa, esta visión de Falcó no quería decir, desde su punto de vista, que el centro histórico de Valencia fuera un espacio inútil, sin futuro. Al contrario, su futuro y su utilidad continuaban siendo elementos fundamentales de su visión, pero éstos pasaban justamente por la reforma urbanística, por la apertura de nuevas plazas y calles, por la construcción de grandes avenidas. De hecho, Falcó, como otros contemporáneos, veía en el centro histórico el espacio más rico de la ciudad, un espacio que, por ello, no había que abandonar de ninguna forma. Así, propugnaba que no «...se abandone la riqueza creada en el antiguo recinto, el cual perdiendo paulatinamente su natural importancia, quedaría reducido al último límite por consunción y atrofia».

Así pues, ante el peligro de que el ensanche extramuros y burgués de la Valencia de finales del XIX se erigiera en el nuevo 'centro' de la ciudad, se exigía la reforma interior del tradicional, la renovación del viejo tejido urbano justamente para seguir siendo el espacio natural de la riqueza atesorada en siglos de existencia.

En consonancia con esta percepción, que en definitiva reconocía los méritos y los títulos del centro histórico aunque señalaba la necesidad de su reforma, otra imagen de finales del XIX y principios del XX lo veía como el auténtico motor de la ciudad de Valencia, su centro, ya no mercantil y económico, sino vital y material. Así se reflejó en algunas novelas de Vicente Blasco Ibáñez. Como ya dijimos (BOIRA, 2003), Blasco, siguiendo a su maestro Zola, atribuía al centro histórico, en concreto a su plaza del Mercado, la mismísima consideración de «vientre y pulmón» de la ciudad. Así consta en la novela *Arroz y Tartana*, escrita en 1894: «...en este ancho espacio, que es para Valencia vientre y pulmón a un tiempo, el día de Nochebuena reinaba una agitación que hacía subir hasta más arriba de los tejados un sordo rumor de colosal avispero».

El centro histórico de Valencia, materializado en su barrio del Mercat, se convertía en el imprescindible órgano de vida de la ciudad, el lugar por donde respiraba y por donde se alimentaba, el lugar incluso de donde extraía su alimento cotidiano. Así se refleja en otro fragmento de esta

En la ciudad de Valencia, el centro histórico, su zona fundacional, ha sido contemplada de forma diferente en los últimos tiempos. En el siglo XIX, cuando Valencia se disponía a ensancharse, a construir una nueva ciudad conformada por los barrios burgueses más allá de las viejas murallas ya derribadas (1865), el centro urbano comenzó a ser visto como un espacio necesitado de reformas, como el ámbito idóneo para un concepto que se acuñaría a partir de aquellas fechas con caracterización propia: «la reforma interior».

Vista general de Valencia desde los cuarteles de la Alameda, c. 1870.
Foto: J. Laurent. Biblioteca Valenciana.



misma novela: «En aquella plaza larga, ligeramente arqueada y estrecha en sus extremos, como un intestino hinchado, amontonábanse las nubes de alimentos que habían de desparramarse como nutritiva lluvia sobre las mesas...»

Pero al igual que Falcó, Blasco, que a su faceta de novelista añadía el de político y agitador social, no dudaba de la necesidad de la reforma urbana para salvar a este organismo que era la ciudad. Así, en 1901, en un artículo que se hizo famoso publicado en *El Pueblo*, escribía la necesidad de «airear» el centro histórico de Valencia, como si de un ser vivo se tratara: «Es preciso terminar las calles cuyo ensanche no está más que iniciado; abrir otras nuevas para que se airee la ciudad...»

La metáfora organicista que atribuía vida propia al centro histórico no acabó aquí. En 1912, Federico Aymamí, arquitecto del ayuntamiento de Valencia, insistía en este mismo discurso, pero esta vez para defender su proyecto de reforma urbanística, de reforma interior, de apertura de vías rectilíneas en el centro histórico de la ciudad:

En semejantes barrios, en su amazacotado y polvoriento caserío, entre los enredijos de tanta y tanta calleja oscura y triste, se ahoga, se asfixia en hacinamiento abrumador el ciudadano, el proletario en una atmósfera perpetuamente viciada, letal, mortífera. Allí vegeta el mísero en mal llamadas viviendas [...] En tales barrios no existe ni un asomo de jardín público, de depósito de aire puro, oxigenado, de sitio de verdor y frescura para reposo del cuerpo y solaz del espíritu del ciudadano...

Curiosamente, en este caso, ya no era Valencia, toda Valencia, un ser abstracto la que se ahogaba y se asfixiaba, sino sus habitantes más pobres, su proletariado, la clase social más desfavorecida que, a su marginación económica, añadía su incómoda y peligrosa residencia urbana en un centro histórico insalubre. No es gratuito que Aymamí fuera arquitecto blasquista, seguidor del partido republicano de Vicente Blasco Ibáñez.

Siguiendo las pautas higienistas nacidas en el siglo XIX, con las topografías médicas y los estudios sobre las enfermedades en la ciudad, el arquitecto-

En consonancia con una percepción, que en definitiva reconocía los méritos y los títulos del centro histórico aunque señalaba la necesidad de su reforma, otra imagen de finales del XIX y principios del XX lo veía como el auténtico motor de la ciudad de Valencia, su centro, ya no mercantil y económico, sino vital y material. Así se reflejó en algunas novelas de Vicente Blasco Ibáñez. Blasco, siguiendo a su maestro Zola, atribuía al centro histórico, en concreto a su plaza del Mercado, la mismísima consideración de «vientre y pulmón» de la ciudad. Así consta en la novela *Arroz y Tartana*, escrita en 1894: «...en este ancho espacio, que es para Valencia vientre y pulmón a un tiempo, el día de Nochebuena reinaba una agitación que hacía subir hasta más arriba de los tejados un sordo rumor de colosal avispero».

La Lonja y plaza del Mercado, c. 1870.
Foto: J. Laurent. Biblioteca Valenciana.



En 1912, Federico Aymamí, arquitecto del ayuntamiento de Valencia, insistía en la metáfora organicista que atribuía vida propia al centro histórico, pero esta vez para defender su proyecto de reforma urbanística, de reforma interior, de apertura de vías rectilíneas en el centro histórico de la ciudad: «En semejantes barrios, en su amazacotado y polvoriento caserío, entre los enredijos de tanta y tanta calleja oscura y triste, se ahoga, se asfixia en hacinamiento abrumador el ciudadano, el proletario en una atmósfera perpetuamente viciada, letal, mortífera. Allí vegeta el mísero en mal llamadas viviendas [...] En tales barrios no existe ni un asomo de jardín público, de depósito de aire puro, oxigenado, de sitio de verdor y frescura para reposo del cuerpo y solaz del espíritu del ciudadano...»

Detalle del plan de reforma interior de Federico Aymamí de 1911.

to Aymamí resaltaba la necesidad de que el sol y el aire llegaran a todas las calles de la ciudad. La única forma posible de conseguirlo era mediante la reforma interior, la intervención urbanística drástica en el centro histórico. Así, esta operación «facilitará el ingreso de raudales de aire puro, luz y sol que saneen aquellos barrios, con las corrientes de renovación que se establezcan en el océano aéreo...»

En este discurso, no debe extrañarnos el uso de palabras («arterías», «corazón») que permitían pensar en el centro histórico de Valencia como un cuerpo vivo. Así, Aymamí señala «la ausencia de grandes arterias que encaucen y dirijan los movimientos» o la necesidad de la reforma urbana interior que «consistirá en establecer fácil y cómodo acceso desde los alrededores de la urbe al [...] corazón de la ciudad».

Este discurso que atribuía vida al centro histórico, aunque una vida que languidecía y que exigía la intervención urbanística más extrema, su apertura, se modificó levemente cuando la ciudad de Valencia creció, cuando los barrios periféricos comenzaron a sobrepasar en extensión y peso demográfico al centro histórico. En este caso, se comienzan a acuñar discursos que combinan dos objetivos: otorgar un papel determinado a ese centro histórico dentro de una ciudad mayor, de un espacio urbano casi metropolitano, y crear, al tiempo, una imagen completa para la ciudad de Valencia, imagen que antes se reducía a su espacio fundacional.

En 1939, el arquitecto Pedro Bigador acuñaba esta nueva forma de observar la ciudad, que tendrá repercusiones en el caso valenciano. Sus palabras, recogidas en la obra clásica sobre el urbanismo español de Manuel de Terán, así lo recogen:

...en este momento surge de modo natural la comparación aclaradora de los organismos vivos, del hombre, en el cual existe con toda claridad y precisión [...] esta separación de órganos: cerebro, corazón, aparato digestivo, respiratorio, etc., y de sistemas: circulatorio, nervioso, óseo, muscular, etc. Es de esta manera como entendemos deben separarse, jerarquizarse y armonizarse los intereses funcionales de la ciudad.

Este mismo arquitecto, unos años después, concretamente en 1952, destacaba la importancia de entender el paralelismo entre forma orgánica y ciudad:

De esta manera resulta casi siempre posible establecer un cierto paralelismo entre la ordenación de una ciudad y el aspecto externo de un animal. Puede, por tanto, aceptarse como el procedimiento de explicación de la organización urbana la interpretación resultante de dibujar sobre el plano una figura que ayuda a ver cuál es la disposición natural o prevista de los órganos fundamentales que constituyen la estructura urbana.

Al mismo tiempo, Bigador defendió en ese mismo año la aplicación práctica de este principio general a cinco ciudades españolas. Una de ellas, Valencia, era comparada con un pez (primera función de la nueva metáfora, con evidentes relaciones con la orientación marítima de la ciudad de Valencia) y en él, el centro histórico jugaba el papel rector, pues era su cabeza (segunda función de la metáfora), mientras otros barrios y distritos de la ciudad desempeñaban papeles distintos: «La interpretación orgánica señala la situación de la cabeza en el núcleo antiguo. La boca en el puerto y el cuerpo en el ensanche actual. La arteria principal la constituye el río hasta la cola. Las extremidades en forma de aletas corresponden al desarrollo en núcleos satélites de características similares».

A finales de los años cincuenta del siglo xx, el ingeniero Fernando Martínez García Ordóñez, también técnico al servicio de las obras que el ayuntamiento de Valencia estaba desarrollando en aquella época, se refería a la ciudad con una nueva metáfora, que atribuía nuevamente una forma general a la misma (más acorde al desarrollo urbanístico de esos años) y también a su centro histórico, que seguía jugando un papel central: «La planta de la ciudad es la de un enorme pulpo. La ciudad alarga múltiples brazos a lo largo de sus accesos, tendiendo a encontrarse con los poblados comarcales».

En 1939, el arquitecto Pedro Bigador acuñaba esta nueva forma de observar la ciudad, que tendrá repercusiones en el caso valenciano. Sus palabras, recogidas en la obra clásica sobre el urbanismo español de Manuel de Terán, así lo recogen: «...en este momento surge de modo natural la comparación aclaradora de los organismos vivos, del hombre, en el cual existe con toda claridad y precisión [...] esta separación de órganos: cerebro, corazón, aparato digestivo, respiratorio, etc., y de sistemas: circulatorio, nervioso, óseo, muscular, etc. Es de esta manera como entendemos deben separarse, jerarquizarse y armonizarse los intereses funcionales de la ciudad».



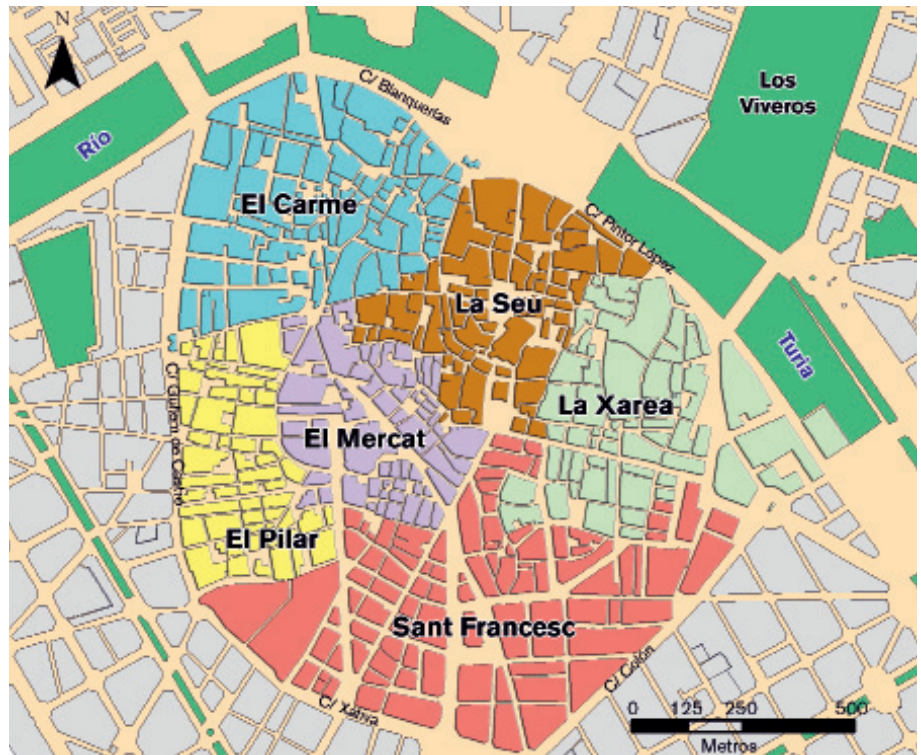
En este mismo texto, el ingeniero Martínez García Ordóñez volvía a atribuir al centro de la ciudad un carácter directivo de la misma:

como un cuerpo lleno de vida: se mueve, crece, desempeña unas funciones concretas e incluso tiene una personalidad y psicología propias [...] En el cuerpo humano, cada parte tiene una misión concreta: piensa y dirige la cabeza, los miembros actúan. Los órganos internos son los motores. Con la ciudad ocurre otro tanto: su centro urbano es la cabeza rectora de la región en los diversos órdenes [...]. En la periferia, bajos las naves industriales, se producen aquellos artículos cada vez más necesarios para el metabolismo de la vida moderna.

Un año después, este mismo ingeniero seguía insistiendo en la metáfora orgánica cuando afirmaba que «cualquier ciudad es un enorme cuerpo vivo, con psicología propia, funciones definidas y, a veces, como en nuestro caso, aquejado de graves dolencias». A partir de este preámbulo, se exponía los problemas de la ciudad de una forma médica, formalmente sanitaria: «Vamos a presentarles la historia clínica de nuestra ciudad». Nacían así consideraciones que, después, hicieron fortuna al juzgar el estado del centro histórico de la ciudad y especialmente su proceso de degradación. ¿Cuántas veces hemos leído en la prensa o en los comentarios de articulistas y académicos o vecinos expresiones como el centro histórico «se muere», la «gangrena» del centro histórico, el «cáncer» del centro histórico, la «parálisis» del centro histórico, la «hemorragia» del centro histórico, el centro histórico se «desangra»..., expresiones que, como tantas otras de semejante contenido, se han hecho populares para exponer la situación problemática del mismo.

Pero la imagen y la percepción que el centro histórico ha jugado en la ciudad de Valencia pueden juzgarse también a través de la percepción de sus habitantes. En este caso, las investigaciones desarrolladas por nosotros en diferentes momentos (1991, 1992 y 2005 básicamente) mostraron dos procesos en los que el centro histórico de Valencia jugó un papel destacado: en primer lugar, la plasticidad del concepto, su ‘maleabilidad’ en época actual y, en segundo lugar, su papel esencial, aunque no único, en la conformación de una imagen pública de la ciudad de Valencia.

En el primer aspecto (BOIRA, 1991), aunque suele ser un hecho común la definición del centro histórico como un espacio inamovible desde el punto de vista histórico (aquel espacio que se formó anteriormente a la ciudad industrial), urbanístico (el espacio que se extendió dentro de las murallas medievales de la ciudad) o arquitectónico-artístico e incluso funcional, se demostró que el mismo, a ojos de sus habitantes, era un territorio cambiante, móvil. En una encuesta realizada a centenares de vecinos de la ciudad sobre la delimitación del «centro de la ciudad de Valencia», preguntando cuál era, a su entender, su extensión y sus límites, observamos que la forma del centro cambiaba, entre otros factores, por el lugar de residencia de los encuestados. Aunque no es el momento de ofrecer explicaciones detalladas, se pudo demostrar la elasticidad del concepto de ‘centro’ de Valencia, su adaptación a determinados principios que regían la percepción de los habitantes de la ciudad al respecto (el predominio de factores económicos, sociales o históricos para su definición), la modulación de sus bordes urbanos y la inclusión de buena parte del centro histórico en la delimitación percibida. De forma significativa, algunas zonas del centro histórico tradicional (delimitado mediante criterios ‘objetivos’) quedaron fuera de la percepción mayoritaria de ‘centro’ subjetivo (perdiendo, pues, una parte de



Aunque suele ser un hecho común la definición del centro histórico como un espacio inamovible desde el punto de vista histórico (aquel espacio que se formó anteriormente a la ciudad industrial), urbanístico (el espacio que se extendió dentro de las murallas medievales de la ciudad) o arquitectónico-artístico e incluso funcional, se demostró que el mismo, a ojos de sus habitantes, era un territorio cambiante, móvil. En una encuesta realizada a centenares de vecinos de la ciudad sobre la delimitación del «centro de la ciudad de Valencia», preguntando cuál era, a su entender, su extensión y sus límites, observamos que la forma del centro cambiaba, entre otros factores, por el lugar de residencia de los encuestados. Aunque no es el momento de ofrecer explicaciones detalladas, se pudo demostrar la elasticidad del concepto de 'centro' de Valencia, su adaptación a determinados principios que regían la percepción de los habitantes de la ciudad al respecto (el predominio de factores económicos, sociales o históricos para su definición), la modulación de sus bordes urbanos y la inclusión de buena parte del centro histórico en la delimitación percibida. De forma significativa, algunas zonas del centro histórico tradicional (delimitado mediante criterios 'objetivos') quedaron fuera de la percepción mayoritaria de 'centro' subjetivo (perdiendo, pues, una parte de su concepto primigenio). Este hecho fue especialmente evidente en amplias zonas sometidas a fuertes procesos de degradación urbana en aquellos años noventa.

División zonal por barrios del centro histórico.

su concepto primigenio). Este hecho fue especialmente evidente en amplias zonas sometidas a fuertes procesos de degradación urbana en aquellos años noventa (BOIRA, 1991 y 1992).

El segundo aspecto referido a la percepción urbana y en el que el centro histórico jugó (y juega) un papel relevante es el referido a la imagen pública de la ciudad, a su percepción colectiva. Nosotros pudimos estudiar esta imagen en dos momentos distintos: 1990 y 2005. Si en el inicio de la década de los noventa del siglo pasado, los elementos urbanísticos, históricos, arquitectónicos y artísticos conformaban prácticamente el 100% de la percepción ciudadana de la imagen de Valencia (en concreto, conformaban la respuesta básica a preguntas como «cuáles son los símbolos de la ciudad», «cuáles son los elementos que enseñaría a un extranjero», «cuáles son las calles y plazas más importantes», etc.), se pudo apreciar que a mitad de la primera década del siglo XXI, el papel de referente indiscutible del centro histórico y de sus elementos en la imagen pública de la ciudad de Valencia se había reducido y se había adaptado a la irrupción de nuevos hitos urbanos, como la Ciudad de las Artes y las Ciencias, la dársena del puerto de Valencia, el nuevo jardín del Turia o las playas de la ciudad. A principios del siglo XXI (BOIRA, 2005. Puede leerse un resumen en www.ceyd.org/ambitos/actores/comisiones_trabajo/cultura_ciudadanos/informe_encuesta.pdf), el papel exclusivo del centro histórico de Valencia en la representación subjetiva de la ciudad había finalizado para siempre y los habitantes de la ciudad integraban nuevos símbolos en su percepción urbana colectiva.

Lejos de representar la extinción del papel de este espacio histórico en el futuro de Valencia y en la mente de sus ciudadanos, reafirma, a nuestro entender, su extraordinario rol como contrapunto, como espacio complementario a los nuevos barrios y a las nuevas operaciones modernistas urbanas. Toda una metáfora del papel que debería jugar el centro histórico en la estructura urbana, esta vez funcional y objetiva, de la ciudad de Valencia.